

EL TECHO
Kevin Brockmeier

Aquel día lucía un cielo claro y azul, bañado por el sol. Una balsa de nubes plateadas flotaba en el horizonte y los petirrojos y los gorriones cantaban desde los árboles. Era el séptimo cumpleaños de mi hijo Joshua y lo estábamos celebrando en el jardín de atrás. Joshua y los niños jugaban en los columpios mientras Melissa y yo estábamos sentados en el porche con los padres. Un poco antes, esa misma tarde, un globo con cesta se había elevado desde el prado que hay al final de nuestro bloque, sobrevolándonos con su exhalación de fuego. Joshua aseguró a sus amigos que conocía al piloto.

—Se llama señor Clifton —dijo, mientras todos inclinaban la cabeza hacia atrás y giraban lentamente sin moverse del sitio—. Le conocí en el parque el año pasado. Me llevó con él por el aire y me dejó soltar un balón de fútbol sobre una piscina. Casi chocamos con un helicóptero. Me dijo que se pasaría por aquí el día de mi cumpleaños. —Joshua se protegió los ojos del sol—. ¿Le habéis visto saludarme con la mano? —preguntó—. Acaba de hacerlo.

Era mentira.

El globo se alejó flotando perezosamente, girando para mostrar cada delta y cada pliegue del tejido, y escuchamos a los niños reanudar el juego. Mitch Nauman se guardó las gafas de sol en el bolsillo de la camisa.

—¿Alguna vez os habéis fijado en cómo los niños de su edad manipulan los juguetes? —preguntó.

Mitch era nuestro vecino de al lado. Era el padre soltero de Bobby Nauman, el extraño mejor amigo de Joshua. Su otro mejor

Kevin Brockmeier

amigo, Chris Boschetti, provenía de una familia de ejecutivos de la industria cosmética. A mi mujer le había dado por llamarles «Rico y Raro».

Mitch pellizcó la parte frontal de su camisa con los dedos y se abanicó con ella.

—La función real del juguete constituye una especie de obstáculo —continuó—. Inventan una utilidad distinta para todo.

Miré hacia los columpios del otro lado del jardín: Joshua intentaba trepar por uno de los soportes laterales; Taylor Tugwell y Sam Yoo estaban de pie sobre el balancín; Adam Smithee lanzaba puñados de guijarros al tobogán y los miraba tamborilear hasta llegar al suelo. Mi mujer empujó sobre la hierba una de sus sandalias con la parte anterior de la planta del pie.

—Jugar como no es debido no es diversión, es planificación —dijo.

Separó los dedos de los pies alrededor de la pata de la silla de jardín de Mitch. Él se inclinó hacia atrás exponiéndose al sol y los músculos de la pantorrilla de ella se tensaron.

Mi hijo era una especie de aficionado a todo lo que volase. En la pared de su habitación había pósters de aviones de combate y de aves salvajes. Tenía la maqueta de un helicóptero colgando del techo. Su tarta de cumpleaños, colocada ante mí sobre la mesa de picnic, estaba decorada con el dibujo de una nave espacial, un misil blanco y plateado con los motores encendidos. Yo esperaba que el pastelero hubiese colocado algunas estrellas sobre el glaseado (la tarta del catálogo estaba salpicada de lentejuelas de caramelo amarillo), pero cuando abrí la caja descubrí que no estaban. Así que esto es lo que hice: mientras Joshua estaba bajo el columpio, buscando algo en el bolsillo, clavé las velas en la tarta profundamente. Las hundí hasta que cada mecha quedó rodeada por una mínima circunferencia de cera. Después hice venir a los niños que estaban en el columpio. Se acercaron arrancando tormos de hierba.

Cantamos «Cumpleaños feliz» mientras acercaba una cerilla a las velas.

Joshua cerró los ojos.

—Apaga las estrellas —dije, y sus mofletes se llenaron de aire.

Aquella noche, después de que el último niño se hubiese marchado a casa, mi mujer y yo nos sentamos fuera a tomar una copa,

envuelto cada uno en su propio silencio. Las luces de la ciudad relucían y Joshua dormía en su habitación. Un chotacabras trinaba una y otra vez desde algún lugar por encima de nuestras cabezas.

Melissa añadió un cubito de hielo a su bebida, agitándolo junto a los otros hasta que silbó y se resquebrajó. En el cielo se desprendió un mechón de una nube. Esa noche había una luna llena y brillante, pero al rato me comenzó a parecer que estaba dañada, marcada con alguna irregularidad. Me llevó un momento darme cuenta de por qué me lo parecía: había un cuadrado de oscuridad perfecta proyectado contra su superficie blanca y lisa. El cuadrado no tenía imperfecciones ni defectos, no era más grande que el diente de un niño y no sabía decir si descansaba sobre la propia luna o se sostenía por encima de ella como una nube. Parecía como si se hubiera abierto una ventana en el suelo de roca con vistas a una extensión de espacio vacío. Jamás había visto nada parecido.

—¿Qué es eso? —pregunté.

Melissa contestó con un ruido repentino, un hondo y frustrado «Oh».

—Mi vida es un desastre —dijo.

En el transcurso de una semana, el objeto del cielo nocturno había crecido de manera perceptible. Aparecía al ponerse el sol, cuando el aire se teñía de color púrpura, como un tenue borrón granuloso, como una especie de fina película en el punto más alto del cielo, y permanecía allí durante la noche. Emborronaba la luz de las estrellas fugaces y parecía desplazarse a lo largo de la cara de la luna, pero no se movía. La gente de mi ciudad no estaba segura de si el objeto se extendía o se acercaba —solo veíamos que se hacía más grande—, y el asunto dio pie a muchas especulaciones. Gleason, el carnicero, insistía en que el objeto no estaba allí en absoluto, que solo se trataba de una ilusión óptica.

—Esto tiene que ver con los satélites —dijo—. Están desviando la luz de ese lugar como lo haría una lente. Solamente parece que hay algo.

Kevin Brockmeier

Pero, a pesar de que su ademán era tranquilo y de que hablaba con convicción, no levantaba la vista de la tabla de cortar. El objeto todavía no era visible durante el día, pero podíamos sentirlo sobre nosotros al despertarnos por la mañana: se notaba cierta tensión y presión en el aire, un cambio en su equilibrio tradicional. Cuando salíamos de casa para ir a trabajar teníamos la impresión de caminar en medio de una gravedad nueva, más dura y más fuerte, no tan flexible.

Por lo que respecta a Melissa, se pasó varias semanas yendo de una habitación a otra por toda la casa. La vi caer en un profundo estado de abstracción. La noche del cumpleaños de Joshua había estado llorando contra la almohada, alejándose de mi lado bajo las sábanas.

—Solo necesito dormir —dijo, mientras me inclinaba sobre ella y apoyaba la mano en su costado—. Por favor. Túmbate. Estate quieto.

Empapé una toallita con agua fría en el lavamanos, la doblé en cuatro y la dejé en un cuenco de porcelana sobre la mesilla de noche de Melissa.

A la semana siguiente, me la encontré en la cocina metiendo un filtro de café en una bolsita mojada.

—¿Te encuentras mejor? —le pregunté.

—Estoy bien. —Apretó la palanca de pie del cubo de la basura y la tapa se abrió con un crujido de plástico.

—¿Se trata de Joshua?

Melissa se paró en seco, sujetando la bolsita de café sobre la mano abierta.

—¿Qué le ocurre a Joshua? —Había cierta preocupación en su voz.

—Ya tiene siete años —le dije. Como no respondía, añadí—: No has envejecido un solo día desde que nos conocimos, cariño. ¿Lo sabes, no?

Exhaló aire por la nariz: era su forma de reír, pero no sabría decir qué pretendía expresar: amargura, algún tipo de juicio o quizá buen humor.

—No se trata de Joshua —dijo, y tiró el café en el cubo de la basura—. Pero gracias de todos modos.

Melissa no empezó a reincorporarse a la vida familiar hasta principios de julio. Para entonces, el objeto que había en el cielo era lo bastante grande como para eclipsar toda la luna. Nuestros amigos insistían en que no habían detectado ningún cambio en mi esposa, que seguía hablando de la misma manera, mantenía los mismos hábitos y giros particulares, las mismas excentricidades de siempre. En cierto sentido, era verdad. Notaba la diferencia sobre todo cuando estábamos los dos solos. Después de acostar a Joshua, nos sentábamos en el salón, ensimismados, y cuando le hacía una pregunta o cuando sonaba el teléfono mi mujer reaccionaba siempre con cierta crispación, con un titubeo en su comportamiento que sugería que estaba escuchando al mundo a través de un cristal de separación. En tales momentos me resultaba claro que se había transportado a otra parte, que había construido un cobertizo con la madera, la arcilla y la piedra que formaban sus pensamientos más íntimos y se había metido dentro, cerrando la puerta. La única pregunta consistía en si la persona a la que yo veía ajustar la ventana estaba abriendo los pestillos o sellando las rendijas.

Un sábado por la mañana, Joshua me pidió que le llevase a la biblioteca, a una lectura de cuentos. Era casi por la tarde y el sol apenas comenzaba a oscurecerse en su cenit. Día a día, las sombras de nuestros cuerpos menguaban desde el oeste, desaparecían brevemente en el hollín de media tarde y se alargaban hacia el este, cayendo por el borde del mundo. En ocasiones me preguntaba si volvería a ver mi sombra extendida a mis pies.

—¿Puede venir Bobby con nosotros? —me preguntó Joshua mientras me ponía los zapatos.

Asentí, atándome los cordones con varios lazos de mariposa.

—¿Por qué no pasas a recogerle? —le sugerí, y echó a correr por el pasillo.

Melissa estaba sentada en las escaleras del porche delantero y me arrodillé un momento a su lado al salir.

—Me llevo a los chicos a la ciudad. —La besé en la mejilla y le acaricié la nuca, notando cómo sus rizos se movían hacia delante y hacia atrás entre mis dedos.

—Chsss... —Levantó una mano para hacerme callar—. Escucha.

Kevin Brockmeier

Los insectos habían comenzado a cantar, los pájaros empezaban a guardar silencio. El aire se fue impregnando gradualmente de un plácido chirrido.

—¿Qué estamos escuchando? —susurré.

Melissa inclinó la cabeza hacia delante durante un instante, como si tratase de llevar la cuenta mental de algo. Luego alzó la mirada hacia mí. Como respuesta, y con cierto aire de abatimiento, extendió los brazos al mundo.

Antes de levantarme para irme, me preguntó:

—No nos parecemos mucho, ¿verdad?

La plaza de delante de la biblioteca estaba pavimentada de ladrillo rojo. Había cornejos plantados en los huecos a lo largo del perímetro y también bancos hechos de metales pobres desperdigados aquí y allá sobre bases de cemento. Una chica que formaba parte de un grupo de teatro independiente local recitaba bajo una farola; estaba sentada a una mesa de madera, con las manos apoyadas una encima de la otra, y hablaba como si estuviese ante una cámara.

—¿De dónde procede este objeto? —dijo—. ¿Qué es y cuándo dejará de descender? ¿Cómo hemos llegado a esto? ¿Qué será lo siguiente? Los científicos están perplejos. En una entrevista concedida a esta emisora, el doctor Stephen Mandruzzato, jefe del prestigioso Instituto Horton de Estudios Astronómicos, respondió: «No lo sabemos. No lo sabemos. Simplemente no lo sabemos».

Crucé las pesadas puertas de cristal oscuro de la biblioteca junto a Joshua y Bobby Nauman y ocupamos nuestros asientos en la sala de lectura para niños. Las mesas eran bajas, de modo que tenía las piernas embutidas bajo el tablero, y en el aire se respiraba ese extraño olor a leche azucarada que tienen las bibliotecas públicas y los colegios de primaria. Bobby Nauman comenzó a jugar al veo, veo con Joshua. «Veo, veo», decía, y después guiaba a Joshua por la habitación con indicaciones de caliente o frío hasta que Joshua lo averiguaba. Primero fue una planta en una maceta, después el cuello de mi camisa, luego la parte baja de los reflectores de un conducto de aire.

Al cabo de un rato, el hombre que iba a leer ocupó su lugar. Saludó a los niños, se aclaró la garganta y abrió el libro por la página del título: *Pequeño, el pollito*.

Mientras leía, el cielo se fue iluminando con la luz de la tarde. Los rayos de sol atravesaban las ventanas como una sábana de fuego.

Joshua empezó el segundo curso en septiembre. Su nuevo profesor nos envió una lista de útiles para el colegio, que compramos la semana antes de que comenzasen las clases: lápices y un estuche, pegamento y toallitas húmedas, una regla y una libreta y una cajita de acuarelas. El primer día de colegio, Melissa sacó una foto de Joshua despidiéndose con la mano desde la puerta principal con la mochila colgada de un hombro y la maletita de la comida en la mano derecha. Permaneció inmóvil ante la luz blanca del flash, luego se despidió con un beso y subió al coche con Rico y Raro.

El otoño pasó de esa manera lenta y protectora en que siempre pasa y, hacia finales de noviembre, el profesor de Joshua pidió a la clase que escribiese una pequeña redacción que describiera la comunidad de animales de la zona. El párrafo de Joshua se titulaba «Lo que les pasó a los pájaros». Lo colgamos de la nevera con imanes. «Aquí, antes, había muchos pájaros, pero ahora se han marchado. Nadie sabe adónde han ido. Solía verlos en los árboles. Le di de comer a uno en el zoo cuando era pequeño. Era grande. Los pájaros se fueron cuando nadie miraba. Ahora los árboles están callados. No se mueven.»

Todo esto era cierto. A medida que el objeto del cielo fue haciéndose visible durante el día —y que, con el paso de los meses, fue descendiendo sobre nuestra ciudad—, los pájaros y los insectos migratorios desaparecieron. Sin embargo, no noté su ausencia, ni el silencio que acompañaba a la salida del sol por la mañana, ni la quietud en la hierba y en los árboles, hasta que leí la redacción de Joshua.

Para entonces todo el mundo estaba muy confuso y receloso y era proclive a los cambios bruscos de humor. Recuerdo claramente un incidente que tuvo lugar en la peluquería de la calle principal un frío martes de invierno. Estaba sentado en una silla de barbero mientras Wesson, el peluquero, me cortaba el pelo. Me había colocado una bata de nailon para protegerme de los pelos y yo olía la menta del chicle de Wesson.

Kevin Brockmeier

—Bueno, ¿qué tal el tiempo? —rió, cortando el pelo de la coronilla.

Los chistes sobre el tiempo habían estado circulando por oficinas y bares desde que el objeto —suave y reflectante como cristal de obsidiana y al que los periódicos habían bautizado como «el Techo»— había descendido hasta el nivel de la capa de nubes. Le di mi respuesta habitual:

—Hoy está un poco nublado, ¿no cree? —Y Wesson soltó una risotada cómplice.

Wesson era uno de esos hombres que se han pasado los días esperando a que llegue el resto de su vida. Se mantenía ocupado con el trabajo, nunca se había casado y adoraba a los hijos de sus clientes. «Seguro que pronto pasa algo», decía a menudo al terminar una conversación, y cierta antelación en su mirada denotaba una fe implícita en sus palabras. Al morir su madre, esta fe pareció abandonarle. Todas las tardes volvía a la pequeña casa que habían compartido y jugaba a las cartas u hojeaba una revista hasta que se quedaba dormido. Aunque nunca dejó de reír cuando tenía un cliente, sus ojos parecían vacíos y blancos, como si un fuego esencial en ellos se hubiera apagado. El entusiasmo de Wesson comenzó a parecer desesperación. Era solo cuestión de tiempo.

—¿Cómo está la guapísima de su señora? —me preguntó.

Yo miraba su reflejo en el espejo, paralelo y de igual extensión a otro espejo situado en la pared opuesta.

—No muy bien últimamente —dije—. Pero está empezando a recuperarse.

—Me alegra oírlo. De verdad me alegra. ¿Y el trabajo en la ferretería?

Le dije que iba bien. Estaba en mi descanso para almorzar.

Sonó la campanilla de la puerta y una corriente de aire frío esparció un pequeño remolino de pelos por el suelo. Un hombre al que nunca había visto entró en la peluquería.

—¿Han visto mi paraguas? —preguntó—. No encuentro mi paraguas, ¿lo han visto? —Hablaba en voz alta, aguda y brusca, entrecortada por la preocupación, y las manos le temblaban visiblemente.

—Me parece que no —le contestó Wesson con una sonrisa vacía, enseñando los dientes y apretando los dedos en el respaldo de mi asiento.

Una repentina sensación de ingravidez se apoderó de la sala.

—Tampoco me lo dirías si lo supieras, ¿verdad? —dijo el hombre—. Joder, qué gente.

Después cogió el cenicero de pie y lo estampó contra la ventana.

Se levantó una nube de ceniza gris alrededor del hombre, pero la ventana apenas vibró. El hombre dejó caer el cenicero al suelo, que rodó hasta un revistero. La ceniza descendió como una llovizna hasta el suelo. El hombre se quitó una colilla de la chaqueta.

—Qué gente —repitió, y se marchó por la puerta de cristal abierta.

Esa tarde, de vuelta a casa, el viento del invierno fue desprendiendo el aroma a talco de barbería de mi piel. La planicie del Techo se extendía por el firmamento cubriendo la ciudad de punta a punta, veía las luces de mil farolas atrapadas como constelaciones en su pátina negra y lisa. Se me ocurrió que si no cambiaba nada, si el Techo simplemente se quedaba suspendido donde estaba, quizá llegaríamos a olvidar que estaba allí y trazáramos un nuevo mapa del cielo nocturno.

Mitch Nauman se estaba marchando de mi casa cuando llegué. Nos cruzamos en el jardín y levantó la mochila de Bobby.

—Se la deja en todas partes —dijo—. En los autobuses. En tu casa. En clase. A veces pienso que debería atársela al cinturón. —Carraspeó—. ¿Corte de pelo nuevo? Me gusta.

—Sí, empezaba a tener greñas.

Asintió y chasqueó la lengua.

—Nos vemos —dijo, y desapareció por la puerta de su casa mientras le decía a Bobby que se bajase de algún sitio.

Para cuando el objeto alcanzó la copa de los árboles, ya nos habíamos percatado de la aceleración del viento. El viento se apretujaba en el estrecho espacio que quedaba entre el Techo y el pavimento, se alborotaba y ganaba velocidad. Lo oíamos sacudiendo las paredes de nuestras casas por la noche y creando un murmullo grave y

Kevin Brockmeier

constante en la oscuridad de las salas de cine. La gente salía por la puerta de sus casas abrazándose a sí mismos para protegerse del ataque y la presión del viento. Era como si toda nuestra ciudad fuese un callejón entre edificios altos.

Un domingo por la mañana decidí visitar la tumba de mis padres: todas las primaveras los hierbajos cubrían el cementerio donde estaban enterrados y había que cuidar la parcela antes de que las malas hierbas proliferasen. La casa aún estaba tranquila mientras me duchaba y me vestía, y caminé procurando no hacer ruido sobre el tapete del baño y las baldosas. Observé cómo subía y bajaba el agua del inodoro a medida que el viento se desplazaba por las cañerías. Joshua y Melissa dormían, el sol de la mañana destelló en el horizonte y desapareció.

En el cementerio, un niño pequeño lanzaba una pelota de tenis al aire mientras su madre quitaba el polvo de una lápida. El niño trataba de alcanzar el Techo con la pelota y a cada lanzamiento se acercaba un poco más, hasta que, al llegar al punto más alto, la pelota se desvió hacia un lado antes de caer. Por lo demás, el cementerio estaba vacío, los árboles y los monumentos eran la única presencia material.

Las tumbas de mis padres eran sencillas y sobrias. Con tan poca luz solar, los hierbajos no habían podido crecer, y no tuve que hacer gran cosa. Rastrillé la parcela para quitar las hojas y los guijarros y arranqué los tallos de las rosas de los huecos para las flores. Me arrodillé ante la lápida que compartían y retiré una tira de musgo. Mientras permanecía allí sentado, imaginé por un momento que mis padres vivían juntos sobre el Techo: caminaban por un campo de alta hierba amarilla, bajo el sol y el cielo y las alborotadas nubes blancas, y ella, ataviada con un vestido, se agachaba para ver de cerca una flor y él se inclinaba a su lado y la cogía de la cintura y no eran conscientes de que el mundo que tenían debajo se estaba pegando al suelo.

Cuando llegué a casa, Joshua estaba viendo la televisión en el sofá del salón mientras se comía un donut amarillo relleno sujetándolo con una servilleta de papel. Le había caído un poco de mermelada en el dorso de la mano.

—Mamá ha salido a hacer un recado —dijo.

La imagen del televisor tembló y se curvó por un momento, lanzando gotas de lluvia a través de toda la pantalla, y luego se cristalizó de nuevo. Esa misma semana se había caído un repetidor –el primero de diversos accidentes similares en la ciudad– y la calidad de la recepción había ido disminuyendo desde entonces.

–Anoche tuve un sueño –dijo Joshua–. Soñé que se me caía el oso por una de las rejillas que hay en la acera. –Joshua tenía un oso de peluche de algodón bastante desgastado, con las costuras enganchadas con grapas de plástico, que le habíamos regalado cuando era pequeño–. Intenté cogerlo, pero no lo conseguí. Entonces me tumbé en el suelo y alargué el brazo hacia el oso. Estaba estirando el brazo a través de la rejilla cuando miré bajo la acera y vi otra parte de la ciudad. Había gente moviéndose por allí abajo. Había coches y calles y arbustos y luz. La acera era una especie de puente, y, en el sueño, pensé: Ah, claro, ¿cómo es que no me acordaba de esto? Entonces traté de colarme por la rejilla para recuperar mi oso, pero no pude levantarla.

El hombre del tiempo de la mañana salía llorando por la tele.

–¿Recuerdas dónde estaba ese sitio? –pregunté.

–Sí.

–¿Cerca de la panadería? –Había visto un par de veces el coche de Melissa aparcado por allí y recordaba a un niño tirando piedras en la rejilla.

–Debe de ser esa.

–¿Quieres que vayamos a ver si la encontramos?

Joshua se tiró del lóbulo de la oreja un segundo, con la mirada perdida. Después se encogió de hombros.

–Vale –decidió.

No sé qué esperábamos encontrar allí. Quizá sencillamente fuera un capricho: el deseo de que me hablaran, el deseo de ser guiado por un sueño. Cuando tenía la edad de Joshua, una noche soñé que encontraba una puerta nueva en mi casa que conducía del sótano a los brillantes y asépticos pasillos de una tienda: crucé la puerta, vi un fogonazo de luz y me desperté sentado en la cama. Durante varios días, cada vez que pasaba por la puerta del sótano experimentaba una sensación de grandes posibilidades, como si allí me esperara un continente nuevo. Era como si hubiese abierto

Kevin Brockmeier

los ojos al verdadero mapa interno del mundo, proyectado conforme a nuestras creencias e ideas.

De camino al centro, Joshua y yo pasamos ante un grupo de gente que escudriñaba el horizonte. Entre la oficina de correos y la biblioteca había un sitio donde la vista hacia el oeste no quedaba obstruida por colinas ni edificios, y la muchedumbre se reunía allí a menudo para observar el distante cinturón azul del cielo. Nos abrimos paso entre la gente y continuamos hacia el centro.

Joshua se detuvo delante de la panadería Kornblum, junto a una papelería y un dispensador de periódicos, donde confluían sobre el suelo las luces de dos farolas.

—Es aquí —dijo, y señaló la rejilla que había a nuestros pies. A través de la rejilla se veía el pequeño pilón de una alcantarilla. Era liso y estaba seco, y en su interior había algunas hojas secas.

—Bueno —dije. No había nada—. Vaya decepción.

—La vida es una decepción —dijo Joshua.

Estaba tomando prestada una frase de su madre, una frase que Melissa había empezado a usar en los últimos meses. Entonces, como si le hubiera dado la entrada, alzó la vista y se le iluminó la cara.

—Eh —dijo—. Ahí está mamá.

Melissa estaba sentada tras una cristalera en un restaurante que había en la acera de enfrente. Podía ver a Mitch Nauman hablándole desde el otro lado de la mesa, con la cara afeitada y aspecto afable. Se cogían de la mano junto al pimentero y los zapatos de él estaban vacíos sobre la moqueta. Acariciaba la pierna izquierda de Melissa con su pie derecho, apoyando el puente en la pantorrilla de mi mujer. La imagen resultaba tan clara y exacta como una melodía.

Cogí a Joshua por los hombros.

—Quiero que hagas una cosa —le dije—. Llama con los nudillos en la ventana de mamá. Y cuando mire, la saludas con la mano.

Y eso fue exactamente lo que hizo: cruzó corriendo la calle, golpeó el cristal un par de veces y saludó cuando Melissa dio un bote en la silla. Mitch Nauman dejó caer el pie sobre la moqueta. Melissa vio a Joshua a través del cristal. Volvió un poco la cabeza y le saludó moviendo apenas los dedos. Luego sus ojos se encontra-

ron con los míos. Detuvo la mano en el aire. Su cara pareció llenarse de movimiento de pronto y luego se vació a la misma velocidad: a lo que más me recordó fue a una bandada de pájaros huyendo de un jardín. Sentí una punzada de dolor en el pecho y llamé a Joshua desde el otro lado de la calle:

–Venga, chaval, vámonos a casa.

No había transcurrido mucho tiempo –temprano a la mañana siguiente, antes de despertarnos– cuando el depósito de agua de la ciudad se vino abajo, bañando las calles con un río de agua fresca. Hankins, el tendero, que lo había presenciado todo, congregó a una muchedumbre en torno a su mesa en la cafetería a la hora de comer.

–Pasaba en coche junto al depósito cuando ocurrió –contó–. Iba al trabajo, era muy temprano. Primero oí un ruido de algo que se resquebrajaba y después vi que cedían los postes de sujeción.

»¡Bum! –Golpeó la mesa con las manos–. ¡Toma agua! El agua golpeó el lateral del coche y perdí el control del volante. La corriente me arrastró por la carretera. Me sentía como un barco de papel.

Sonrió y levantó un dedo, después empujó una lata de refresco medio llena por un lado, haciéndola volcar alegremente. La Coca-Cola se vertió por la mesa con un suave susurro gaseoso. Saltamos de nuestros asientos para esquivarla.

El resto de la ciudad siguió el mismo camino en cuestión de días, desplomándose bajo el peso del Techo. Vallas publicitarias y farolas, chimeneas y estatuas. Agujas de iglesias, grúas y postes telefónicos. Semáforos y rótulos de restaurantes. Edificios de apartamentos y torres de alta tensión. Los árboles desprendían sin parar hojas y piñas que acababan en el suelo: las más grandes y las que estaban en mejor estado se partían por el centro, las más pequeñas y las más flexibles se combaban hasta resquebrajarse.

Los encargados de mantenimiento instalaron paneles de luz eléctrica a lo largo de las aceras, guiando la electricidad por cables subterráneos. El Techo resultó ser inexpugnable. Llenaba de moretones puños y nudillos. Gastaba los dientes de las sierras mecánicas.

Kevin Brockmeier

Partía las brocas de los taladros. Apagaba las llamas. Una tarde se cayó la antena de televisión del tejado de casa y aterrizó en los setos formando un zigzag de alambre. Esa noche se cayó un pedazo de yeso sobre la mesa de la cocina mientras cenaba. A la mañana siguiente oí cómo se rompía un panel de madera de la pared del salón y luego otro en el pasillo y a continuación otro en la habitación. Sonaban como disparos detonados en una habitación cerrada. Melissa y Joshua ya estaban esperando en el jardín de la entrada cuando llegué allí. Había un niño encaramado a un montón de escombros jugando a ser Atlas, sosteniendo el mundo con los hombros. Había un hombre subido a una escalera de mano colocando un cartel en el Techo: «Compre en Carson». Melissa se abrochó la chaqueta hasta arriba. Joshua me agarró de la manga. Se abrió una depresión bajo las tejas de nuestro tejado y vimos cómo nuestra casa quedaba reducida a un amasijo de ladrillos y cemento.

Estaba tumbado en el suelo, la raíz de un árbol se me estaba clavando en el coxis, así que me puse de costado. Melissa estaba tumbada a mi lado, y Mitch Nauman al lado de ella. Joshua y Bobby, que se habían pasado gran parte del día gateando sin ningún fin concreto por el jardín, dormían a nuestros pies. El Techo quedaba un poco más alto que una mesita de café y me veía los poros de la piel reflejados en su superficie. Por encima del lamento del viento se oía un tenue sonido: el zumbido de las farolas, continuo, eléctrico y cálido.

—¿Alguna vez has tenido la sensación de que deberías estar en otro sitio? —preguntó Melissa. Guardó silencio un momento, totalmente inmóvil—. Es como un pánico repentino.

Su voz pareció flotar en el aire por un momento.

Había estado prestándole atención a mi propia respiración sobre la suave superficie del Techo durante las últimas dos horas: cada vez que exhalaba, una bruma con forma de seta ocultaba mi reflejo y descubrí que podía controlar el tamaño de esa bruma en función de la profundidad de cada respiración. Cuando Melissa hizo la pregunta, la primera cosa que salía de sus labios en muchos días, solté repentinamente una bocanada de aire por la nariz y aparecieron dos florecillas con forma de carámbano.

Mitch Nauman le susurró algo al oído, pero su voz no era más que un murmullo y no entendí lo que dijo. En un arrebato de emoción que apenas pude identificar, una extraña combinación de rivalidad y de adoración, cogí la mano de Melissa y se la apreté. Viendo que no reaccionaba, se la apreté de nuevo. Me la acerqué al pecho, y luego a la boca, y la besé y la sobé y la sujeté con firmeza.

Estaba esperando a que me devolviese el gesto cuando sentí, con todo mi corazón, que podría estar esperando toda la vida a que ocurriese algo semejante, hasta que la tierra y el cielo se juntasen y sellasen para siempre la distancia que los separaba.